

Las armas de Avalón

Crónicas de Ámbar. Libro 2



Roger Zelazny

Nada más acceder al trono de Ámbar, Corwin deberá investigar la muerte de Caine, asesinado por unas extrañas y sombrías criaturas... Pero este no será el único asunto turbio al que tendrá que hacer frente: aunque ha conseguido que sus derechos a la corona prevalezcan, descubrirá que todavía son demasiados los que desean verle muerto.

Ámbar es el mundo verdadero, un universo que proyecta infinitos reflejos de sí mismo, solo manipulables por aquellos con sangre real amberita.

DE PIE EN LA PLAYA, dije:

—Adiós, *Butterfly*.

Y el barco giró lentamente y se hizo a la mar. Regresaría de nuevo al puerto del faro de Cabra, lo sabía, ya que aquel lugar estaba cerca de la Sombra.

Volviéndome, contemplé la negra hilera de árboles que había cerca, sabiendo que me aguardaba un largo camino. Me dirigí hacia allí tratando de orientarme mientras avanzaba. En el silencioso bosque hacía un frío que anunciaba el amanecer, y le revivía a uno.

Quizá me faltaban cerca de veinte kilos para tener el peso normal y esporádicamente todavía veía doble, pero estaba mejorando. Había escapado de las mazmorras de Ámbar y me había recuperado, con la ayuda de Dworkin el loco y del borracho Jopin, por ese orden. Tenía que encontrar un lugar, un lugar que se asemejara a otro sitio... uno que ya no existía. Localicé el sendero y avancé.

Al rato, me detuve ante un árbol hueco que tenía que estar allí. Introduje la mano, extraje mi espada de plata y me la ceñí. No importaba que hubiera estado en algún lugar de Ámbar. Ahora se hallaba allí, pues el bosque por el que caminaba estaba en la Sombra.

Continué durante varias horas, manteniendo el sol a la espalda en algún lugar detrás de mi hombro izquierdo. Luego descansé un rato, y seguí adelante. Era reconfortan-

te ver las hojas y las rocas y los troncos muertos de los árboles, y los que rebosaban vida, la hierba, la oscura tierra. Era reconfortante sentir todos los pequeños olores de la vida, y escuchar sus sonidos: zumbidos/gorjeos/aleteos. ¡Dios! ¡Cómo apreciaba mis ojos! Tenerlos de nuevo después de casi cuatro años de negrura era algo que no podía expresar con palabras. Y estar caminando libre...

Continué. La brisa de la mañana agitaba mi raída capa. Con el rostro arrugado, y mi descarnada figura, debía aparentar más de cincuenta años. ¿Quién me hubiera reconocido por lo que era?

Caminaba cruzando la Sombra, hacia un lugar. Pero no llegué a él. Quizá de algún modo mi poder se había debilitado. Esto es lo que sucedió.

Encontré a siete nombres tendidos a un lado del camino; seis de ellos estaban muertos, yacían en diversos estados de rojo desmembramiento. El séptimo se hallaba medio reclinado, apoyando la espalda en el mohoso tronco de un roble anciano. Mantenía la espalda sobre el regazo y presentaba una gran herida húmeda en el costado derecho, por la que aún manaba sangre. No llevaba armadura, aunque algunos de los otros la tenían. Sus ojos grises, aunque vidriosos, estaban abiertos. Tenían los nudillos despeleados y su respiración era lenta. Bajo unas cejas poco pobladas, contemplaba como los cuervos les sacaban los ojos a los muertos.

No parecía verme.

Me coloqué la capucha y bajé la cabeza para que no viera mi rostro. Me acerqué.

En cierta ocasión le había conocido, o a alguien muy parecido a él.

Su espada se retorció y la punta se elevó al acercarme.

—Soy amigo —dije—. ¿Queréis un trago de agua?

Por un momento dudó, luego asintió.

—Sí.

Destapé la cantimplora y se la pasé.

Bebió un poco y tosió, luego bebió más.

—Gracias —dijo al devolvérmela—. Sólo lamento que no contenga algo más fuerte. ¡Maldita sea esta herida!

—También tengo de eso, si estáis seguro de poder resistirlo.

Extendió la mano y yo saqué el tapón de una pequeña petaca y se la di. Debió toser durante unos veinte segundos después de beber un sorbo de la pócima que suele tomar Jopin.

Después sonrió con el lado izquierdo de la boca y parpadeó ligeramente.

—Mucho mejor —dijo—. ¿Puedo echarme un poco de esto en la herida? Me molesta derrochar buen whisky, pero...

—Usadlo todo si es necesario. Aunque pensándolo bien, parece que os tiembla la mano. Quizás sea mejor que os lo eche yo.

Asintió, y abrí su chaqueta de cuero y con la daga le hice un corte en la camisa hasta que la herida quedó al descubierto. Parecía una herida seria, profunda, que iba desde el torso a la espalda, unos centímetros por encima de la cadera. Tenía otras, aunque menos serias, en brazos, pecho y hombros.

La sangre seguía manando de la herida más grande; traté de secarla y limpiarla un poco con mi pañuelo...

—De acuerdo —dije—, apretad los dientes y mirad hacia otro lado. —Vertí el whisky.

Todo su cuerpo se arqueó en un gran espasmo, luego se tranquilizó y comenzó a temblar. Pero no gritó. No pensé que lo hiciera. Doblé el pañuelo y lo coloqué sobre la herida. Le vendé con una larga tira que había arrancado del borde de mi capa.

—¿Queréis otro trago? —le pregunté.

—De agua —dijo—. Luego me temo que dormiré.

Bebió; su cabeza se inclinó hasta que la barbilla descansó sobre el pecho. Se durmió, yo le hice una almohada y lo

cubrí con las capas de los muertos.

Luego me senté a su lado y contemplé a los hermosos pájaros negros.

No me había reconocido. ¿Quién sería capaz? Si le hubiera confesado quién era, posiblemente me hubiera conocido. Creo que nunca nos habíamos encontrado realmente el hombre herido y yo.

Pero en un sentido peculiar, estábamos relacionados.

Yo caminaba por la Sombra, en busca de un lugar, un sitio muy especial. Había sido destruido, pero yo tenía el poder de recrearlo, ya que Ámbar proyecta una infinidad de sombras. Un hijo de Ámbar puede caminar entre ellas, y tal era mi herencia. Si lo deseas puedes llamarlos mundos paralelos, universos alternos tal vez, o productos de una mente trastornada. Yo las llamo Sombras, como todos los que poseen el poder de caminar entre ellas.

Seleccionamos una posibilidad y caminamos hasta que la alcanzamos. O sea que, en cierto sentido, la creamos. Pero dejémoslo así por el momento.

Había comenzado el viaje hacia Avalón.

Siglos atrás había vivido allí. Es una larga, complicada, arrogante y dolorosa historia, y quizá continúe con ella más adelante si tengo vida para desarrollar este relato.

Me estaba aproximando hacia mi Avalón cuando di con el caballero herido y los seis hombres muertos. Si hubiera elegido continuar, podría haber alcanzado un lugar donde los seis hombres yacieran muertos y el caballero permaneciera intacto... o un sitio donde él estuviera muerto y ellos riendo. Algunos dirían que realmente no importa, ya que todas estas cosas no son sino posibilidades y por lo tanto todas existen en algún lugar de la Sombra.

Cualquiera de mis hermanos y hermanas —con la posible excepción de Gérard y Benedict— ni siquiera se hubieran detenido a contemplar la escena. Sin embargo, yo me había vuelto un poco blanco. No siempre fui así, pero quizá la Sombra, la Tierra donde pasé tantos años, me suavizó un

poco, y quizá mis penurias en las mazmorras de Ámbar me habían hecho recordar lo que era el sufrimiento humano. No lo sé. Sólo sé que no pude pasar de largo ante aquel herido tan parecido a un amigo mío de otro tiempo. Si susurrara mi nombre al oído de este hombre, quizá oyera cómo me envilecía, pero ciertamente escucharía un relato repleto de infortunios.

De acuerdo. Pagaría cierto precio: estaría con él hasta que se recobrara, luego me marcharía. No me ocasionaba ningún perjuicio y quizá al otro le hiciere algún bien.

Permanecí sentado allí observándole, y, al cabo de varias horas, despertó.

—Hola —dije, destapando la cantimplora—. ¿Otro trago?

—Gracias —dijo extendiendo una mano.

Contemplé cómo bebía, y, cuando me la devolvió, dijo:

—Perdonad que no me haya presentado. No me hallaba en buenas condiciones.

—Os conozco —dije. Llamadme Corey.

Pareció como si fuera a decir: ¿Corey de qué?, pero lo pensó mejor y asintió con la cabeza.

—Muy bien, Sir Corey, —dijo otorgándome ese rango—. Deseo daros las gracias.

—Me doy por recompensado al ver que parecéis estar mejor —le dije—. ¿Deseáis comer algo?

—Sí, por favor.

—Tengo algo de carne seca y un poco de pan que podría estar más fresco —dije—. También un gran trozo de queso. Comed todo lo que queráis.

Se lo alcancé y lo hizo.

—¿Y vos, Sir Corey? —inquirió.

—He comido mientras vos dormíais.

Con la mirada le indiqué los restos. Sonrió.

—¿Y matasteis a los seis solo? —pregunté.

Él asintió.

—Buen alarde. ¿Qué tengo que hacer con vos ahora? Trató inútilmente de ver mi rostro.

—No entiendo —dijo.

—¿Hacia dónde os dirigís?

—Tengo unos amigos —contestó—, a unas cinco leguas hacia el norte. Me dirigía allí cuando sucedió esto. Y dudo mucho que ningún hombre, ni el mismo Demonio, pueda llevarme a costas una legua. Si pudiese, levantarme, Sir Corey, os haríais una idea más cabal de mi tamaño.

Me puse de pie, desenvainé la espada y seccioné de un tajo una rama de unos seis centímetros de diámetro. Luego le quité las hojas y la corté a medida.

Corté otra, y con los cinturones y capas de los hombres muertos construí una camilla.

Él observó hasta que finalicé la operación, luego comentó:

—Manejáis una espada mortal, Sir Corey... y parece de plata.

—¿Estáis en condiciones de viajar un poco? —le pregunté.

Cinco leguas apenas son unos veinticinco kilómetros.

—¿Y los muertos? —inquirió.

—¿Acaso queréis darles una decente sepultura cristiana? —dije—. ¡Que se pudran! La naturaleza se ocupará de lo suyo. Larguémonos de aquí, ya hieden.

—Al menos me gustaría verlos cubiertos. Lucharon bien. Suspiré.

—Bueno, si esto va a contribuir a que durmáis bien por las noches... Como no tengo ninguna pala, les construiré un monumento de piedras. Aunque va a ser una tumba común.

—Me parece bien —dijo.

Extendí los seis cuerpos pegados uno a otro. Escuché que murmuraba algo, sospeché que sería una plegaria por los muertos.

Los fui cubriendo con piedras, formando un círculo. Los alrededores estaban llenos de rocas, así que trabajé deprisa, eligiendo las más grandes para acelerar las cosas. En eso cometí un error. Una de las rocas debía pesar unos ciento ochenta kilos, y yo no la hice rodar. La alcé y la coloqué.

Oí un suspiro de admiración, y me di cuenta de que él lo había notado.

Me puse a jadear:

—¡Maldición, he estado a punto de quebrarme con esa piedra! —exclamé, a partir de entonces las elegí más pequeñas.

Cuando finalicé, dije:

—Ya está.

—¿Listo para partir?

—Sí.

Lo alcé en brazos y le coloqué sobre la camilla. Al moverlo apretó los dientes.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

Él señaló.

—Retornad al sendero. Seguidlo hacia la izquierda hasta que se bifurque. Entonces hacia la derecha, os proponéis...

Levanté la camilla en brazos, sosteniéndole a él como si fuese un bebé, con cuna y todo.

Entonces me volví y retorné al sendero, con él auestas.

—¿Corey? —dijo.

—¿Sí?

—Sois uno de los hombres más fuertes que haya conocido jamás y me parece que debería conoceros.

No le respondí inmediatamente. Luego dije:

—Trato de mantenerme en buenas condiciones. Una vida sana y todo eso.

—... Y vuestra voz me suena un tanto familiar.

Me miraba tratando todavía de ver mi rostro.

Decidí cambiar de tema rápidamente.

—¿Quiénes son estos amigos vuestros a los que os llevo?

—Nos dirigimos hacia la Fortaleza de Ganelón.

—¡Esa rata! —dije, casi sin querer.

—No entiendo la palabra que utilizasteis, pero creo que es un término insultante —dijo— por el tono de vuestra voz. Si tal es el caso, debo ser su defensor en...

—Conteneos —dije—. Tengo la sensación de que estamos hablando de dos personas diferentes con el mismo nombre. Lo siento.

Continuamos hasta que llegué al sendero, y entonces giré hacia la izquierda.

Nuevamente se quedó dormido, y en ese lapso aceleré el paso, cogiendo la bifurcación de la que me había hablado y corriendo mientras dormía. Comencé a preguntarme acerca de los seis hombres que habían tratado de matarlo y que casi lo logran. Esperaba que no tuvieran amigos en las cercanías.

Cuando su respiración cambió, volví a disminuir el paso hasta caminar con lentitud.

—Me quedé dormido —dijo.

—... y roncabais —añadí.

—¿Habéis avanzado mucho?

—Alrededor de dos leguas, diría yo.

—¿Y no estáis cansado?

—Un poco —dije—, pero no lo suficiente para necesitar todavía descanso.

—*Mon Dieu* —exclamó—. Estoy contento de no haberos tenido nunca por enemigo. ¿Seguro que no sois el Demonio?

—¡Pues claro! —dije—. ¿No oléis el azufre? Y la pezuña derecha me está matando.

Pero antes de reír olfateó el aire un par de veces, lo que hirió un poco mis sentimientos.

Según mis cálculos habíamos recorrido ya más de cuatro leguas. Esperaba que se durmiera nuevamente y que no

se preocupara mucho acerca de las distancias. Los brazos comenzaban a dolerme.

—¿Quiénes eran esos seis hombres a los que matasteis? —le pregunté.

—Guardianes del Círculo —replicó—, y ya no eran hombres, sino seres poseídos. Rezadle a Dios, Sir Corey, para que sus almas descansen en paz.

—¿Guardianes del Círculo? —le pregunté—. ¿Qué círculo?

—El Círculo oscuro: ese lugar de iniquidad y repugnantes bestias... —respiró profundamente—. La fuente de los males que yacen sobre esta tierra.

—Esta tierra no me parece especialmente asolada por ningún mal —dije.

—Nos hallamos aún lejos del lugar, y el reino de Ganelón todavía es demasiado fuerte para los invasores. Pero el Círculo se ensancha. Tengo el presentimiento de que la última batalla se librará aquí.

—Habéis despertado mi curiosidad con vuestras palabras.

—Sir Corey, si no conocéis nada sobre el asunto, será mejor que lo olvidéis. Rodead el Círculo y seguid vuestro camino. Aunque me encantaría luchar a vuestro lado, esta no es vuestra lucha; y no hay quién pueda predecir el resultado.

El sendero comenzó a serpentear hacia arriba. Entonces, a través de un claro en los árboles, vi algo distante que me hizo detener. Me recordaba otro lugar similar.

—¿Qué...? —me preguntó mi carga, volviéndose. Luego añadió—: Habéis avanzado mucho más rápidamente de lo que hubiera imaginado. Aquella es nuestra meta, la Fortaleza de Ganelón.

Entonces pensé en cierto Ganelón. No quería hacerlo, pero lo hice.

Había sido un asesino traicionero y le había exiliado de Avalón siglos atrás. En realidad le proyecté a través de la

Sombra hacia otro tiempo y lugar, tal como más tarde hiciera conmigo mi hermano Eric. Esperaba que este no fuera el lugar al que lo había enviado. Aunque no era muy probable, sí era posible. Él era un hombre mortal, con tiempo de vida limitada, y le había exiliado a aquel lugar seis siglos atrás, pero era posible que sólo hubieran transcurrido unos pocos años de tiempo de este mundo. También el tiempo es una función de la Sombra, y ni siquiera Dworkin conocía todos sus secretos. O quizá sí los conocía. Tal vez fue eso lo que le volvió loco. Llegado a la conclusión de que lo más difícil con respecto al tiempo es crearlo. De cualquier modo, sentía que este no podía ser mi viejo enemigo (y antes ayudante de confianza), ya que él ciertamente no se encontraría aquí ofreciendo resistencia a ninguna ola de iniquidad que estuviera asolando el país. Estaba seguro de que si se trataba de él, apoyaría a las repugnantes bestias.

Quien me preocupaba era el hombre que llevaba ahora. Su otro yo, por la época en la que se produjo el exilio, estaba viviendo en Avalón, lo que significaba que el lapso de tiempo transcurrido podría ser el correcto.

No tenía ningún interés en encontrar al Ganelón que había conocido y ser reconocido por él. Él no sabía nada acerca de la Sombra. Sólo sabría que yo le había aplicado alguna oscura magia, como pena alternativa a la de muerte, y el haber sobrevivido quizá fuera el más duro de los dos castigos.

Pero el hombre que llevaba en brazos necesitaba descanso y un refugio, así que continué.

Aunque me preguntaba...

Había algo en mí que este hombre reconocía. Si en este país, parecido y distinto a Avalón, existían algunos recuerdos de una sombra de mí mismo, ¿qué forma tomarían? ¿Cómo condicionarían la recepción de mi auténtico «yo» en caso de ser descubierto?

El sol comenzaba a ponerse. Surgió una fresca brisa anticipando la fría noche. Mi carga estaba roncando otra vez,

por lo que decidí correr la mayor parte de la distancia que faltaba. No me gustaba la sensación de que este bosque, al llegar la oscuridad de la noche, pudiera convertirse en un lugar con extraños habitantes de algún maldito Círculo del que no conocía nada, y que parecían tener controlados los alrededores de la propiedad de Ganelón.

Así que corrí a través de crecientes sombras, evitando pensar en persecución, emboscada o vigilancia hasta que no pude evitar más estos pensamientos. Habían alcanzado fuerza de premonición; y oí los ruidos a mi espalda: un suave *pat-pat-pat* de pisadas.

Dejé la camilla en tierra y desenvainé la espada mientras me volvía.

Había dos de ellos, con forma de gato.

Sus rasgos eran precisamente de gatos siameses, sólo que del tamaño de tigres. Tenían ojos de un sólido color amarillo brillante como el sol, sin pupilas. Se sentaron sobre las patas traseras al volverme yo y me contemplaron sin parpadear. Se hallaban a unos treinta pasos de distancia. Me coloqué de costado entre ellos y la camilla, esgrimiendo la espada.

Entonces, el de la izquierda abrió la boca. Yo no sabía si esperar un maullido o un rugido.

En cambio, habló. Dijo:

—Hombre, extremadamente mortal.

El sonido de la voz no era humano. Era demasiado aguda.

—Y sin embargo aún vive —dijo el segundo—, como el otro.

—Mátalo —ordenó el primero.

—¿Y al que lo protege con la espada que no me gusta nada?

—¿Mortal?

—Ven a averiguarlo —dije con suavidad.

—Es delgado, y quizá sea viejo.

—Y sin embargo, traje al otro desde la fosa hasta aquí, velozmente y sin descansar. Rodeémoslo.

Salté hacia adelante justo cuando ellos se levantaban. El que estaba a mi derecha saltó hacia mí.

Mi espada le partió el cráneo y continuó hasta los hombros. Mientras me volvía, liberándola, el otro pasó rápidamente a mi lado dirigiéndose hacia la camilla. Blandí frenéticamente el arma.

Le cayó sobre el lomo y atravesó completamente su cuerpo. Emitió un grito agudo que rascó como una tiza sobre una pizarra mientras caía partido en dos y comenzaba a arder. El otro también estaba ardiendo.

Pero el que había partido por la mitad aún no estaba muerto. Volvió la cabeza hacia mí y aquellos centelleantes ojos sostuvieron los míos.

—Muero la muerte final —dijo— y así te conozco. Tú eres el que abrió el camino. ¿Por qué nos matas?

Y las llamas consumieron su cabeza.

Me volví, limpié la espada y la envainé. Recogí la camilla, ignorando todas las preguntas, y emprendí la marcha.

Tuve una ligera intuición acerca de lo que era la cosa y lo que había querido decir.

Y todavía, a veces, veo en sueños esa ardiente cabeza de gato, y me despierto transpirando y temblando, y la noche parece más oscura y llena de formas que no puedo definir.

La Fortaleza de Ganelón tenía un foso que la circundaba, y un puente levadizo que estaba alzado. Había una torre en cada una de las cuatro esquinas donde convergían las altas murallas. Dentro de aquellas murallas se elevaban muchas otras torres, aún más altas, acariciando los vientres de las bajas y oscuras nubes, ocultando las tempranas estrellas, proyectando sombras de azabache por la pendiente de la alta colina que realizaba la Fortaleza. Varias de las torres ya estaban iluminadas, y el viento me trajo leves ecos de voces.

Bajé mi carga a tierra, y de pie ante el puente levadizo, hice bocina con las manos, y grité:

—¡Hola! ¡Ganelón! ¡Somos dos viajeros desamparados en la noche!

Escuché el repiqueteo del metal sobre la piedra. Sentí que estaba siendo estudiado desde algún lugar por encima de mí. Escudriñe en la oscuridad, pero mis ojos no estaban todavía completamente normales.

—¿Quién va? —descendió la voz, alta y estruendosa.

—Lance, que está herido, y yo, Corey de Cabra, que le traje hasta aquí.

Esperé mientras le gritaba la información a otro centinela, y escuché elevarse otras voces transmitiendo el mensaje a su vez.

Después de una pausa de varios minutos, llegó la respuesta de la misma manera.

El guardia llamó:

—¡Manteneos alejados! ¡Vamos a bajar el puente! ¡Podéis entrar!

Los crujidos comenzaron mientras hablaba, y en un breve lapso la rampa retumbó contra la tierra de nuestro lado del foso. Alcé una vez más mi carga y atravesé el puente.

De este modo llevé a Sir Lancelot du Lac, a la fortaleza de Ganelón, de quien me fiaba como de un hermano. Es decir, absolutamente nada.

Un enjambre de gente se apiñó a mi alrededor. Me encontré rodeado de hombres armados. Sin embargo, no mostraban ningún tipo de hostilidad, sólo preocupación. Había entrado en un gran patio adoquinado, iluminado por antorchas y lleno de camastros. Podía sentir el olor del sudor, del humo, de los caballos, mezclados con olores de comida. Allí dentro se encontraba acuartelado un pequeño ejército.

Muchos se habían aproximado, miraban y murmuraban. Se acercaron entonces dos hombres que iban completa-